

12 JUN. 1911

Para la Biblioteca Pedagógica.

Eulogio de los L. Molina

333

AL MARGEN

DE UNA

Romería
á Copacabana



LA PAZ

TIP. «LA PATRIA» DE EULOJIO CÓRDOVA

1911

00907

Eulogio de los L. Molina

AL MARGEN

Romería
á Copacabana



LA PAZ

TIP. «LA PATRIA» DE EULOJIO CÓRDOVA

1911

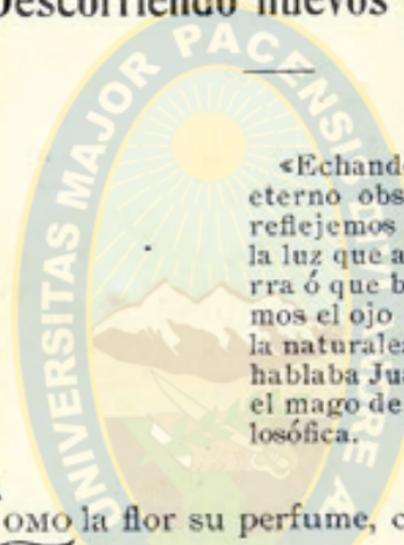
*Al Sr. Tomás O'Connor
d'Arlach, decidido cultor de las
letras nacionales, dedica este tra-
bajo, en prueba de respeto y apre-
cio—*

El Autor.





Descorriendo nuevos paisajes



«Echando abajo al fin ese eterno obstáculo.—el yo—reflejemos en nosotros toda la luz que asciende de la tierra ó que baja del cielo: seamos el ojo transparente de la naturaleza entera».—Así hablaba Juan María Guyau, el mago de la ingenuidad filosófica.

COMO la flor su perfume, como el ave su canto, como la estrella su rayo de luz, así damos á la publicidad esta segunda eflorescencia de nuestras ideas y sentimientos.

Perfume, canto y rayo luminoso, son para nosotros, símbolos del arte: símbolos de fragancia, de armonía y de cerúleo fulgor: emblemas de belleza y acción, como la grana-da, el lirio y la rosa de Gabriel D'Anunzio.

Al abrigo de estos símbolos, la verdad y el bien se insinúan, se inoculan, no violentan ni deslumbran; y precisamente el *quid* del arte está en sustituir los imperativos categóricos, llámense bióticos ó socióticos, por los supremos persuasivos.

Con efecto, quizás se tache de incoloras nuestras ideas, de templadas nuestras emociones y de paliadas nuestras creencias; pero, como es sabido, nada se produce de súbito en los dos arquetipos del arte: la naturaleza y la vida. Todo fenómeno cósmico presupone la nebulosa y toda integración biológica es pre-dispuesta por el citoplasma; todo epifenómeno psicológico entraña una sensación previa y todo movimiento social envuelve un conjunto de insinuaciones colectivas. Así el arte, debe disipar las sombras de la duda, antes de fulgurar en el alma colectiva de los pueblos, y así el artista, debe esclarecer con ténue luz de verdad, antes de hacer oír el sonido del clarín que, al decir de Gomes Leal, es como una explosión de color rojo intenso.....

Derramar flores de ideal, no para figurar jardines de artificio; difundir cantos de vida, cuyo eco no sea pasajero, y esparcir un poco de luz estelaria; he ahí la finalidad del arte social, no románticamente revolucionario ni depresivamente realista, y he ahí también nuestros supremos anhelos.

La Paz, 12 de Junio de 1911.

Eulogio de los L. Molina.



Palabras iniciales

«Lejos de oponerse á la razón, el corazón es la razón viviente, la conciencia, gozando de sí misma y de todo lo que ella implica».—Así habla Alfredo Fouillée, el filósofo de las ideas-fuerzas.

De la tradición nacional y del arte intensamente humano, como de recónditas fuentes, nacen las ideas-fuerzas, con su poder impulsivo, origen de todo progreso, y su poder inhibitorio, generador de la firmeza humana y de toda labor reflexiva. De aquí que el hombre, en su progresivo desenvolvimiento, lleve impresas las huellas consuetudinarias de sus antepasados y se reanime á los fúlgidos desdoblamientos que le brinda el arte.

La fuerza tradicional, que impulsa á la especie humana, determina un conjunto de estados psíquicos, entre los que, como exteriorización de la creencia religiosa, surge la romería al santuario.

Romería! santuario! He aquí unos términos que nada dicen ya al alma incrédula contemporánea, pero que siguen y seguirán suscitando en los espíritus creyentes, actos de cerebración intensa y consciente. Porque vigorizarse con el aliciente religioso, mediante la proyección suprasensible de la felicidad, y

tomar energías de la contemplación del más allá, para llenar la tabla de valores de nuestra hombría de bien, será siempre *dogmatizar y moralizar en cristiano*. Ir al santuario, á impulsos de esa fuerza latente que perdura en el espíritu de la raza, como una reviviscencia del mosaísmo y cristianismo primitivos, y hacer resurgir, en una romería á Copacabana, íntegra, viva y legendaria la fé latina, cifrada en el «Dios lo quiere» de los cruzados, así como el sajón saborea la trama profundamente cristiana de su «Parcival» y su «Heliand», será siempre *obrar y sentir en cristiano*; velar, en una palabra, por el *devenir* nacional ilustrado y fundado sobre el recuerdo impulsor de los hechos históricos.

Pero esto no es todo. La vida vertiginosa del siglo, se ha detenido ante los fueros meditados y redentores del santuario y le ha reconocido una primacía: la refracción de nuestra «vida inmediata natural, que según Harold Hoffding, pasa en la percepción sensible, la imaginación, no en la reflexión», ni en la conciencia límpida y plena, agregaríamos nosotros.

Vida moral intensa y amplia, esto es, vida moral abroquelada tanto contra los devaneos del amoralismo cuanto contra el realismo estrecho de la moral bio-sociológica; vida nacional aleccionada por el recuerdo del carácter colectivo del pueblo en que se vive; vida interior que haga germinar en la conciencia, entre los brotes insanos de mediocridad y claudicación, las dos fuerzas directrices del *poder* y del *deber*: tales son los ideales que, en los presentes momentos de crisis moral, es necesario proclamar.

Dar vida y hacer palpitar en nuestro medio social estos supremos persuasivos, sugeridos á nosotros por la luz y las incidencias de una romería á Copacabana, sería como tomar un trébol de la hierática Judea y trasplantarlo á las tierras vírgenes de los Incas.

Desde el Alto

Es el Alto, una etapa del altiplano andino que nos hace asistir á la visión evocativa de la ciudad de La Paz: de su génesis geológica debida quizás á un estremecimiento terráqueo; de su pasado pletórico de luchas con la naturaleza y el hombre, y de su porvenir abierto á todas las influencias de la industria y del arte.

La serranía del Calvario y otras, que forman la cuenca pacaña, son los postreros ritmos de una pulsación terráquea que denudó la faz del planeta; las arcaicas murallas y casas señoriales, cuyo origen godo va reconociéndose en sus portadas simbólicas y en sus arcadas claustrales, representan el fondo tradicional de la raza que se agrupó á orillas del Choqueyapu; y el tranvía que se desliza hacia el Alto, y las chimeneas de la industria que se empenachan de denso humo, y los áureos cendales que orlan la trífida cumbre del Illimani, preludian el porvenir de la ciudad de Alonso de Mendoza.

El Tren

Del tranvía, pasamos al tren, á ese mecanismo soberbio y vigoroso, que unas veces, se agita, se detiene y se enorgullece, y otras,

retempla sus fibras de hierro y lanza sus resoplidos que lo empenachan, como incitándonos á desplegar una vida de acción y esfuerzo, á la que se pueda decir lo que Guyan dice al mar: «Abrete, mar: quiero andar, correr á lo lejos, como corren bajo el sol tus olas de fuego, y el doble infinito de tus ondas y de los cielos no es demasiado para el alma mía».

A los ojos de un materialista, correría encarnada en la locomotora una ráfaga integral de esa «voluntad ciega y suprema», entrevista en el cosmos por Schopenhauer, Lotze y Hartmann; de esa energía siempre nueva que quizás pugna por hacer confluir el restricto reino de la vida con la vasta quietud de la materia.

Tiawanaco

¿Quién que te vislumbre, aunque sea á través de la celeridad cinematográfica del tren que pasa, no sentirá renacer en su alma, esa ansia de descorrer el secreto, que se siente ante la mudez de la Esfinge?

Cuando la leyenda preincásica, nos lo representa al dios Viracocha surgiendo de la Isla Titicaca, despejando la noche que pesaba sobre el Tiawanaco y pulsando las cuerdas de la vida para que brotaran nuevas estirpes, después de haber proyectado la sombra de la vindicta divina sobre las pristinas razas, convirtiéndolas en vestiglos de piedra; ¿no parece que nos transporta á la intermitente y pausada organización de la vida en el mundo, ó, por lo menos, á una de esas renovaciones terrestres que marcan etapas para la incierta peregrinación del hombre, en las postrimerías

de los tiempos geológicos? ¿No parece que asistimos á una de esas transformaciones cósmicas y biológicas que en las eras geogónicas, se han efectuado al margen de los símbolos y leyendas con que hoy nos las traduce y pinta la humanidad?

Tiawanaco! ¿quién que te contemple con la vista intelectual fija en el pasado de la raza, no sentirá bullir en las venas del alto peruano, la sangre robusta del oriundo de la Atlántida, é inoculadas en sus vasos la flema asiática del aymara? ¿Quién que te vea, aunque sea á través del cambiante y fugaz objetivo de la vida contemporánea, no echará de menos esos «telescopios que, según Helmholtz, penetran en la más lejana noche del pasado y del futuro», y que no son otros que la reconstrucción científica y el esclarecimiento hipotético.

Mientras encierres la clave de muchos enigmas tocantes á la raza y á los factores mediales que modelaron este mundo americano, se paseará por tus ruinas y vestigios, la mirada interrogante del hombre de ciencia, y modulará tus misterios el arte, «ese pájaro azul de la humanidad, al que, al decir de Manuel Ugarte, en vez de serle hostiles, debemos alimentarlo con rosas».

El azul intenso del Lago

Para el que descorre horizontes desde las ventanillas del tren en marcha, surge como por ensalmo, el azul intenso del Lago Titicaca confundiendo con el azul purísimo del cielo: hay entre ellos el nexo de las cosas que por su grandeza se esfuman á los lindes de la inmensidad.

La cerúlea y lacustre conjunción, contemplada en lontananza, sugirió quizás ese «punto común» de las cosmogonías semíticas é indianas: las aguas superiores suspensas sobre las aguas inferiores. . . . Es que el hombre, en el tardío desenvolvimiento de su sindéresis teogónica, ha partido desde la simple fenomenalidad que se desprende de la existencia formal de los seres y de las cosas, hasta llegar á intuir, por medio de la sintética comprensión de las leyes naturales, el coordinado *devenir* de la materia y de la fuerza persistentes.

El Vapor

Hiende el vapor la reberberante tersura de las aguas, dejando tras de sí una estela que, unas veces, semeja la orlada senda de una nave de Argo de monótona voz, y otras, un jalón del camino de la concha de Neptuno, que bajo el favor de las caricias benevolentes de Eolo, va arrancando las flores espumantes de las ondas.

Avanza el vapor proyectando su sombra sobre la vaga tonalidad de las aguas, como un monstruo marino que otea los senos profundos del lago legendario; se desliza el vapor apagando las ansias del oleaje que se arremolina á su paso.

El Lago Titicaca

De las nevadas cumbres de los Andes, van desprendiéndose argentados hilos de cristalina contextura, que se juntan y enhebran en un receptáculo grandioso, do se mira el cielo.

Este lago que parece siempre estar dialogando con el cielo, copiándole su azul límpido y brindándole la coloración verdosa de sus aguas, se resiente de la presente época y se deseca dejándonos la hierba meceta, la esplanada silícea y la tierra calcárea.

Como un escenario de otros tiempos, tiene mucho de silencioso é imponente, poco de vida y algazara; como un organismo que ha vivido mucho y que aún no ha acabado de percibir lo que ha sentido, sus aguas tienen pulsaciones que se repiten isócronamente. Es como todo lo sensible é inquieto, un semillero de oleajes representativos de ese desbordamiento de tentativas y anhelos de las naturalezas selectas. Sin embargo, rasgan sus linfas con la línea perlada de su vuelo, las gavio-tas, los colimbos y las sarsetas, las avocetas, los flamencos y las fúlicas; el águila se mira en el azur de sus aguas, y el cóndor se pierde en el azur de su cielo.

Si se contemplan sus profundidades, se ve que ahonda mucho entre los dos ramales de los Andes; que ahonda mucho más en el pasado del hombre aymara-keswua. Si se considera su altura sobre el océano, se ve que casi se columpia junto á las nubes.

Presenta situaciones y perspectivas únicas para el espíritu de las parcialidades que habitaron sus riberas; por eso es un lago de leyenda divina. Encierra el secreto de muchos problemas relativos al pasado geogónico del continente americano; por eso es un lago de profundas revelaciones científicas. Promete ámplio desarrollo á las industrias y al comercio; por eso es un lago de mirajes políticos y conveniencias económicas.

El hombre Aymara-Keswua

El hombre aymara-keswua, bogando en su endeble barco de aneas (totoras), no sólo es el genuino representante de su raza, sino también el único depositario del acerbo legendario de esta parte del suelo americano. Es la supervivencia humana, que ya nos hace entrever con el eminente Quatrefages, á los hombres orientales efectuando la travesía á la América, siguiendo el curso de las corrientes marinas del Grande Océano; ó ya nos hace barruntar con Haeckel, el origen símico del aymara-keswua, el ténue proceso evolutivo que media entre el mono más antropeide, que se detiene ante la inmensidad del Lago Titicaca, y el hombre más pitecoide, que aprende á surcar las aguas, en sus balsas formadas en serie, como una escuadrilla autóctona. Es uno de los *haya-mar-akkes*.

El aymara-keswua, es la áurea sustancia de ese filón étnico que creía ver desprenderse el hilo genealógico de sus antepasados del Padre Sol; es de la estirpe vigorosa que vió y sintió en la peña Intikarka la pisada vital y luminosa del Osiris incáico. Es uno de los *intis-raimy*.

En el Sol de oro fino y en la Luna de plata piña, que según el P. Salas, exornaban el Castillo de las Vírgenes de la Isla Coati; en el postrer trono de Atawallpa, adornado según Robertson, de plumas de varios colores, casi cubierto de chapas de oro y plata, enriquecidas de piedras preciosas, aprendamos, pues, á ver, antes que los atavíos grotescos de la barbarie y los llamativos de nuestras ansias de explotación, las originales y prolíficas

cualidades atesoradas en la naturaleza aymara-keswua.

Atardecer de almas

El cielo toma su monótona fisonomía invernal, y á través de la niebla, se filtra sobre la cubierta del vapor la amortecida luz del ocaso, así como el difuso rayo de la esperanza incide en la conciencia del creyente, que responde con un cántico interior á las sugestiones de la naturaleza.

La fijación de la mirada espiritual sobre una sola idea, que al decir de los psicólogos experimentalistas, predispone al descolorimiento de la conciencia, embargaba á muchos creyentes, que permanecían en actitud insólitamente pensativa.

¡Copacabana de los Incas! exclamarían unos pocos; santuario de las tradiciones portentosas de mis progenitores, se dirían otros; sálvame Virgen María, óyeme te imploro con fé, se repetirían los pocos que hablan con el alma tocada de profunda religiosidad; y todos ellos estarían en el atardecer de sus almas.

Paisaje nocturno

El ritmo solemne del oleaje que besa las orillas y el muelle de Copacabana, se percibe lejano. Algo así como un alcázar de lineamientos apocalípticos, emerge del fondo oscuro de las aguas: es el Calvario de la Virgen, y una lucecilla oscila entre la niebla: es un bote que se ha desprendido del vapor, llevando á los primeros peregrinantes en busca del ansiado puerto.

La huella recamada de brillantes reflejos que, á su paso, va dejando la lucecilla del bote, parece una senda trazada hacia el misterio de la noche: un puente de luz, suspenso sobre el abismo tendido del país de los fenómenos, á la región de los *noumenos*.

Como una estrella que nos sonríe desde una nube, irradia la lucecilla del bote, envuelta en los girones de la niebla que la circunda con un marco brumoso y que no tarda en cegarla, para descorrernos los mirajes umbríos que nos brinda el paisaje nocturno.

Así como el día matiza á la naturaleza, revistiéndola de la esmeralda de los campos y del zafir de los cielos, así también la noche, cuando es serena, nos muestra fragmentos de filigrana en las tranquilas aguas do se miran las estrellas, y cuando es tempestuosa nos hace contemplar la oscuridad sin fondo de las aguas.

La ondulación que agita las aguas, se diseña en plena lobreguez, y nos trae el ruido seco del bote que atraca en el muelle de Copacabana.

Copacabana de los Incas

Copacabana surgió á la vida incásica de entre los pueblos del Collao, como albergue de peregrinantes á la Isla Titicaca, y se elevó sobre ellos, como sacro adoratorio del dios Inti y de la diosa Kgoya. Allí, como en la Isla del Sol, la sangre del sacrificio salpicó la frente del *willumi* (sacerdote aymara); allí, como en la Isla de la Luna, las vírgenes se congregaron en los *acllawasis* (casas de escogidas).

En Copacabana, despuntó, sonrió y rebozó la pujanza del *sport* incásico, y se despertó, se irguió y se desbordó la crueldad de la vindicta punitiva del aymara-keswua. Era el granero de la abundancia y riqueza indias, y el escenario donde el endémico pauperismo, inspiró obras de previsión social, tocantes al régimen de la familia.

Si hacemos refulgir, una á una, las facetas de nuestro prisma de recuerdos relativos á Copacabana, ¿qué nos dice esa faceta que se irisa á la áurea luz del sol? Quiere decirnos que Copacabana, fué el celoso custodio y el ceremonioso introductor á ese centro de purificación y ablución: la Isla del Sol.

Esa otra faceta que rutila á la argentada luz de la luna ¡cómo se ruboriza! Parece decirnos que refluyó hasta Copacabana, la onda de vida social, rizada por los vivificantes efluvios del dios Inti y decorada por los apacibles besos de la diosa Kgoya.

Y esa otra faceta que despide reflejos gualdas y purpurinos ¡cómo se enciende! Parece recordarnos que de las broncíneas testas de los casiques de Copacabana, pendieron los borlones característicos de la regia autoridad incásica.

Copacabana de los Incas, según las facetas de nuestro prisma de recuerdos, es: huella bien marcada de sacrificio y prosapia real, y luz atenuada de adoración, genitora del teósofo inca.

Francisco Tito Yupanqui

He ahí un carácter. Los aletargamientos de la contrariedad, no le adormecieron ni

le rindieron; no quiso, no pudo echar las bases del abulismo aymara. Su odisea de vidente, ahita de incidencias piadosas, silenciosas pero categóricas, lo consagra como á cultor de la voluntad.

El filósofo prusiano Nietsche, lo caracterizaría entre sus «superhombres».

Llevó á la Villa Imperial, impregnada en la mente, como un alucinado, la silueta pródiga en promesas de la Virgen de la Candelaria; se inició como escultor, para dejar impresa en la tosca materia la visión célica que lo deslumbró.

Max Stirner, lo asemejaría á su «Unico».

Sufrió los reproches populares de la parcialidad de los Urinsayas y la irónica sonrisa episcopal en Charcas; sintió el agujón de la obra perfecta pero nunca acabada; y volvió, una y otra vez, á hermosear la efigie de la Virgen, tratando de reunir en ella, todas las reminiscencias de su visión, que pugnaba por alzar el vuelo, como una bandada de pájaros azules.

Estaríamos ante uno de los «héroes», caracterizados por Carlyle.

Llegó á La Paz, sin sentir la aspereza del polvoriento camino que extenua, ni la sed ni el cansancio que agobian; sólo sí sintiendo en el alma, la aspereza del Corregidor de Larecaxa, sufrida en Ayoayo, y la sed secante del ideal no alcanzado.

Se le debería considerar, según nosotros, como á un espíritu selecto.

Bajo las amplias naves del templo de San Francisco de La Paz, Tito Yupanqui pasaba ya muchas noches dorando la efigie de su Virgen, cuando de improviso vió arrebolarse el

rostro de ésta, y sintió en sus sienes algo así como el roce de una laurela de triunfo.

Copacabana del Cristianismo

La atención individual es pasajera: rompe una sensación el marco cerrado de la idea y la diluye; el gozo personal es instantáneo: viene la pena y lo apaga; la certeza individual es relativa: viene la duda y la disipa; pero la atención, el gozo y la certeza colectivas, no se diluyen, no se apagan ni se disipan.

Así, un día de gracia, como se dice en la técnica cristiana, el espíritu colectivo del pueblo de Copacabana, se sintió sacudido por contrapuestos deseos, se vió solicitado para una nueva vida y subyugado por una nueva creencia. Ese día se singularizó por la entrada á Copacabana de la Virgen de la Candelaria.

Desde entonces, Copacabana se convirtió en una especie de catacumba á orillas del Lago Titicaca; á él se replegaron y seguirán replegándose, los que guardan en el joyel del alma los berilos de la esperanza, las turquezas de la gloria y los rubíes del paraiso ultraterrestres.

Si retenemos é interpretamos el acento monacal de las corrientes de reminiscencia histórica, originadas en Copacabana, ¿qué nos dice el aire abrazado que parece venir de la antigua Tagaste africana? Que aquí, desde los apostólicos tiempos, como en Copacabana, durante dos centurias y más, divagó y se arraigó la heremítica figura del agustiniano.

La inquietante figura del jesuita radicado en Juli, transitó, amonestó y catequizó en

estas tierras del Collao; por eso nos hiere en Copacabana el aire de expiación que un día se escapó de la cueva de Manresa.

Nos brinda también sus caricias la fresca brisa de la Umbría, ¿qué nos hará barruntar? Que la austera figura del franciscano, se ejercitó aquí, como en Copacabana, en la disciplina de la ternura universal, dando su aliento de sinceridad moral á la vida contemporánea del Santuario.

Copacabana del Cristianismo, es como un céfiro que recorre y templá las agitaciones de un período histórico, y á veces, un viento saludable que arremolina todas nuestras energías en torno de la vida espiritual.

Las Cruces

Hay en el *atrium* del santuario de Copacabana tres cruces que parece se han petrificado de pura solemnidad; vueltas hacia el Lago Titicaca, señalan quizás una etapa de sacrificio idolátrico ó de conquista evangélica; cobijadas por una especie de templete, son el recuerdo perdurable de un tiempo, la enseña cincelada de una idea.

A las almas orantes, les invitan á balbucear una plegaria; á los espíritus selectos, les llaman á meditar.

No son como esas cruces solitarias que se estacionan en las encrucijadas: árboles secos que marcan las fatigas del camino, árboles muertos que no atraen las miradas del transeunte: ellas son como un árbol trifolio: á su sombra se despierta una floración de sensitivas y pensamientos. Son árboles de evocación: sus raíces se intrincan en el suelo gana-

do por el esfuerzo del misionero castellano, y su riego es el rocío que hiela y retempla las almas: las lágrimas ascéticas que de tarde en tarde van cayendo sobre sus basamentos.

Así son las cruces del santuario de Copacabana: predisponen los espíritus á la entrada del templo; hacen pensar y dudar como un trivio antiguo.

El Santuario

Los ideales de la humanidad, desde los más rudimentarios hasta los más trascendentes, se exteriorizan mediante las coloraciones que nos brinda la paleta del arte. He aquí por qué los ideales religiosos han encontrado las fórmulas estéticas de su interpretación en la plástica, en la pintura, en la música y en la poesía de tonalidades hieráticas.

La idea religiosa en sí misma, es en cierto modo ajena al arte: no admite sino la traducción simbólica; pero la aspiración religiosa, para hacerse sensible, ha sido representada siguiendo una gradación de complejidad desde lo meramente humano elevado á la categoría divina, tal como ha sucedido entre los griegos, hasta lo simplemente divino encarnado en lo humano, tal como se nos presenta en el cristianismo. Ahí está el genio religioso fuertemente humano de la Hélada, encontrando su pristina manifestación en la estatuaria, antes que en el colorido, en la melodía y en el monumento arquitectónico, reservados á otros genios y á otras épocas. La Venus de Fidias y la Afrodita Pandemos de Praxíteles, serán siempre la más genuina representación de la cultura religiosa helénica, mien-

tras que el Juicio Final, la Basílica de San Pedro y el Kyrie de Palestrina, quedarán también como la más subida muestra de esa flexibilidad del espiritualismo cristiano, que unas veces se vigoriza con el efluvio de la belleza clásica, y otras, se adapta á la fisonomía multicolor de los pueblos en quienes derrama su simiente.

Si el clasicismo, ó el helenismo por antonomasia, ha sabido inspirar la exacta comprensión de la pureza de las líneas y de la proporción no superada en las formas, el cristianismo ha dejado impresas las huellas de su magestuoso recogimiento en las ojivas medioevales y en los santuarios en que, como el de Copacabana, es perfecta su adaptación á la peculiar manera de ver y sentir de cada pueblo.

En efecto, haciendo pausa meditativa sobre algunas floraciones arquitecturales, vemos que la pesada estructura del templo indio que se yergue en las mecatas del Himalaya y en las llanuras del Dekkán, habría abrumado el espíritu del aymara, y la inmovilidad del templo egipcio, ya encuadraría dentro de sus ideas estéticas.

La serena pulcritud del templo dórico, era inasible, inasequible para el aymara, y la estructura del templo romano que, según Gauckler, es la razón petrificada, tampoco pudo ser esbozada por él.

Del templo bizantino, cuya magnificencia tiene mucho de oriental, el aymara podía barruntar algo, y del templo románico, cuya variedad y nobleza es debida, en parte, á influencias sirias y persas, quizás pudo entrever muy poco.

El templo gótico, cuyo anhelo era espiritualizar el arte arquitectural, ahondar en el cielo, no pudo fulgurar en la mente del aymara; la brillante imaginación morisca, aplicada á la arquitectura religiosa, tampoco pudo nacer en las frías mecetas andinas. El Renacimiento, que espolvoreó sus soplos de luz sobre el arte cristiano, creando la amplitud de la masa y de la línea y la grandiosidad y pureza de la concepción, con Miguel Angel, también se encarnó en las modalidades *plateresca* y *herreriana* del Renacimiento hispano, llevando allende los mares, á la América, sus efluvios de vida sobre las basílicas coloniales y los santuarios de pronunciado carácter local.

Es, pues, el santuario de Copacabana, la concreción de muchos influjos artísticos: pasó por él la influencia bizantina haciendo nacer la eurítmica repetición de sus cúpulas, reflujo hasta él la modalidad *plateresca* del Renacimiento hispano y se derramaron follajes por sus cornisamentos; se inoculó en su estructura la modalidad *herreriana* del Renacimiento peninsular y le dió cierta fisonomía ciclópea.

La falta de vivacidad y esbeltez, común á toda la plástica del aymara, se patentiza también en el templo de Copacabana, haciéndonos volver la vista hácia las orillas del Nilo.

Perpétua es la penumbra que vaga por los ámbitos del santuario de Copacabana, y en su cúpula del crucero, verdinegra y nostálgica de peralte, parecen denunciarse las tentativas del romanismo en arquitectura, para hacer culminar sus rotondas, pero retroceder al mismo tiempo ante las superficies de doble curvatura; lo que equivaldría á querer encerrar un fragmento del azul del cielo huyendo

de los elementos del dombo que son las curvas, de su velámen que debe hincharse al sopló del infinito.

En los retablos del Santuario, ornados de lienzos tenazmente devotos, revive el modo cómo el aymara siente y comprende la odisea del Gólgota, apropiándose de las pautas pictóricas del hispano.

Resurge, en fin, en el Santuario de Copacabana, el alma colectiva peruviana, bajo sus dos aspectos de percepción y sentimiento.

El Camarín

En la naturaleza y en la vida hay núcleos de integración y resurgimiento al rededor de los que se agrupan, las ideas y emociones brotadas al calor de una creencia ó á los vislumbres de un ideal.

En la naturaleza: una flor es un núcleo radiante de colores y perfumes; una estrella es un núcleo afiligranado de reflejos y rubores; y un ave es un núcleo de harpada vocalización.

En la vida: un ideal es un núcleo trascendente do confluyen los colores de bueno y los perfumes de lo mejor; un ideal religioso es un núcleo místico do se reconcentran los reflejos íntimos de la fé y los rubores indecisos del ascetismo; un templo, es un núcleo granítico que ahonda en el suelo y hiende el cielo con las flechas de sus campanarios; ó mejor, como dice Platen, hablando de un edificio arquitectural cualquiera: «es un ritmo en piedra, y de aquí que sea tan raro como un poema».

Y ¿qué es el camarín de un santuario? Es el núcleo más orante del que irradian para el creyente, los reflejos apacibles de la espe-

ranza, confundidos con los arrobamientos que le brinda su fé. Es también la demostración más subida de esa «sensibilidad dolorida y vibrante, que según el filósofo esteta Hipólito Taine, encuentra su alimento en lo infinito del terror y en lo infinito de la esperanza». Es, en fin, un búcaro espiritual que trasciende esencia oriental de nardo.

Todo esto y aún más, es el camarín del Santuario de Copacabana, porque resuenan en su recinto, como peculiaridad suya, las llegadas, las salves y las despedidas, que recorren toda la gama del sentimiento, desde la simple ternura entremezclada de consolación, hasta el ¡ay! impregnado de sollozos y quejas.

En las llegadas, se trasluce la pena oculta y se despierta la ilusión moral que creía ver á la Virgen entre las incidencias del sueño y las preocupaciones de la vigilia; *samcanacti*, *kgananaccha*, *Mamai*, *uñcatansma* (no sé si en sueños ó á claras, Madre, te he mirado), es su expresión balbuciente.

Hay en las salves un momento de estagnación consolante que eleva y siembra armonías en los espíritus; su expresión adecuada es: *alajgpachan phanchiri Rosasa* (Rosa que se abre en los cielos).

Son las despedidas un miraje retrospectivo que no se resuelve á pronunciar el adios! y que deja escapar el recuerdo puesto en cadencia ayмара:

Amtasipuniwa
Humatjga cuna llakinsa,
Amtasipuniwa
Chukiaguru purisinsa.

La Virgen

Sin tener en suno grado, la belleza candorosa, cuasi célica, de una *madonna* de Rafael, atrae y subyuga. Sin estar ornada del profundo espiritualismo de un fresco de Frá Angélico, despierta y hace renacer el sentimiento religioso. Por sus miradas bonancibles, plácidas, profundamente piadosas, es el Véspero ó lucero de la tarde; por el divino rubor que se escapa de su rostro, es una arrebolada rosa de Jericó; por la áurea diadema que la corona, es la reina del vigor y de la energía hispánicas; y por la luna que mengua á sus piés, es la Kgoya confortante y confidencial del indigena.

Por eso, los vívidos cirios que arden á los pies de su trono, representan los brotes emotivos, continuamente renovados de las almas creyentes y dolientes, que dejan, al pasar por el camarín del Santuario, sus anhelos y sus penas en forma de lágrimas de fuego.

Así hemos hablado todos de la Virgen de Copacabana, en la primavera del sentimiento y de la vida, cuando la duda por simple método ó por incertidumbre positiva, no ha venido aún á agostar nuestras ansias supranaturales en flor.

A punto seguido

Una era de expansión política y religiosa, trasplantó de allende los mares á Hispano América, la simiente del Cristianismo que encarnada en el espíritu impresionable de las diversas colectividades americanas, dió la pauta

á esa floración de santuarios y cenobios, entre los cuales, el de Copacabana ha llegado hasta nosotros, trayéndonos el soplo refrigerante de las pasadas edades, para que oree por unos momentos la febril y escéptica agitación, característica de nuestra época de renovamiento social.

No sólo se nos presenta el Santuario de Copacabana, como la más acabada concreción de las ideas y sentimientos que lo inspiraron, sino también, como el centro tradicional de un tiempo que fué mejor que el presente, según la ortodoxia, y de una actividad social, conforme á sus factores mediales, según la concepción sociológica moderna.

El Santuario de Copacabana, simboliza una época y un ideal: la primera ha pasado y se ha resuelto en un conjunto diseminado de recuerdos; el segundo, subsiste y se ha resuelto á su vez en un sistema radioso de ideas-fuerzas: mariposas de luz que se posen sobre las flores de nuestra inteligencia y simientes que germinen en el surco fecundo de nuestra voluntad.

Para terminar: si es profunda la crisis que ha conmovido y sigue conmoviendo las creencias morales y religiosas de la humanidad, proyectando el desdén y la duda sobre esa «vieja canción» que nos enseñaron á modular nuestros antepasados; si es honda la crisis nacional y social que nos rodea por doquiera, véese clarear en las cumbres la «buena nueva». Con efecto, la «aspirabilidad humana», lindante con lo Absoluto, característica de nuestra supremacía moral, puesta en evidencia por el psico-sociólogo Carlos O. Bunge, sería un celaje de la verdad, y la última crisis

de la humanidad que será sinceramente religiosa, según parece entreverla el Abate Piat, sería á su vez la fulguración irisada de toda la verdad.

Nosotros, que juzgamos al margen de los prejuicios subconscientes y de las involuciones apasionadas, veríamos entonces una nueva germinación de ideales, sin los que la humanidad no puede vivir é integrarse.



Del mismo Autor

Reflexiones Psico-estéticas

EN PREPARACIÓN

Socionomía Crítica

